186

Juan B. Pont

EL AGUINALDO

(VERSOS)

Precio: 0'50 pesetas

VALENCIA

Imp. de Ripollés, María de Molina, 2

1897

3

Juan B. Pont

EL AGUINALDO

(VERSOS)

VALENCIA

Imp. de Ripollés, María de Molina, 2

1897

EL AGUINALDO

I.

¡Pobre abuelita! Su temblona mano
apenas puede, débil y rugosa,
la labor sostener. Pero es en vano
que apartar quiera la labor penosa
de sus ojos sin vista. Cuando quiero
evitar que trabaje un solo instante
hunde en el pecho su perfil severo
y una lágrima triste, vacilante,
veo brotar en sus cansados ojos,
del trabajo y la edad mustios y rojos.
¡Cómo la pobre anciana se contrista
cuando le digo con acento grato:
«¿No ves, tontuela, que tu escasa vista
no te permite trabajar más rato?»
«¡Es verdad!—dice, con tan triste acento
que parece un lamento.—

674018

¡Qué amarga es la vejez y cuán pesada!
¡No sirvo para nada!»
Lo que es mientras hay luz, no hallo agudeza
que la engañe; ni admite reflexiones
ni levanta la abuela la cabeza
de su labor: son vanas mis razones.
—«Tú trabajas—me dice—todo el día.
Tu madre igual; no para
y aun no hay para comer. La vida es cara
hasta para quien vive en la agonía.
Andrés, yo sé qué es hambre y qué son penas.
No quiero estarme mano sobre mano.
Déjame trabajar. Yo como apenas,
pero me como más de lo que gano.»
Y en balde le replico que me enfada
cuando piensa y arguye de ese modo.
Ella sonríe, y sin decirme nada
parece entonces que lo dice todo.
¿Con ella discutir?... ¡Tiempo perdido
y desdichado intento,
pues no se da á partido!
Y es que tiene gran fe en un pensamiento,
tan exacto, que siento
cuando lo expresa, pánico, zozobra...
«que en la casa del pobre
no hay nunca juventud, ni pan que sobre;
que sobra la vejez y el hambre sobra.»
¡Y se hace mala! ¡Vaya! Ya lo creo...
Antes, siendo yo niño,
creía en mi bondad y en mi cariño...
Ahora duda; lo veo.
Recuerdo que exclamaba cierto día
sin saber que la oía:

«¡Mi existencia inservible... cuánto dura!
¡Sólo lástima inspiro, no ternura!
Mi vida es ya tan larga
que amo la muerte, pues la muerte evita
en mí la pena, en los demás... la carga.»
¡Morir ella!... ¡Morir la viejecita!...
¡Si sólo de pensarlo siento el llanto
de mis ojos brotar!... ¡Pobre abuelita!...
¿Qué sería de mí? ¡La quiero tanto!...
El amor de mi madre es algo serio,
la adoro y callo; que su rostro triste
hiela mis risas y mis labios sella...
A la abuela le digo sin misterio
cuanto hago, sin miedo á que me riña
y... hasta juego con ella,
porque es tan vieja ya, que es una niña!

. . . . . .

. . . . . .

Pero se acaba ya la luz del día
y sigue trabajando... ¿Eso es un reto?
¿Me quieres enfadar?... Abuela mía,
ahora vas á ver cómo tu nieto
para vengarse es ducho
y te hace rabiar mucho... pero mucho!

II

Abuelita: he notado
que me quieres muy poco.
No te sonrías, no. Lo has demostrado
de un año acá....
....—¿Qué dices? ¿Que estoy loco?
Ahora vas á ver que mis razones
no son descabelladas.
¡Oh! No has de destruir mis convicciones
porque son muy fundadas... ¡Muy fundadas!
¿Tú sabes, abuelita,
que Navidad está casi tocando?
¿Y tú sabes que á mí nadie me quita
de la cabeza que te estás matando
á trabajar, para que yo me crea
que has tenido la idea
de darme el aguinaldo, y de ese modo
obligarme á callar?... ¿A que eso es todo?
. . . . . .
—¿Que no piensas tal cosa?... ¡Abuela mía!
¿Que ya no soy un niño?...
¿Conque sí?... ¡Bien decía
que ya no me tenías tú cariño!...
Esa excusa la alegas
para causarme daño solamente...

¡Que no soy niño...! Si tu amor me niegas
yo quiero ser un niño eternamente!...

. . . . . .

—¿Que eres pobre? Abuelita!
¡qué dices!... ¿Tu experiencia ya no alcanza
á ver que eso me quita
hasta de que me quieras la esperanza?...
¡Si pido cualquier cosa; sí, cualquiera!
¡Algo que diga á voces que me quieres
y que recuerde de mi edad primera
los inefables goces y placeres!...

. . . . . .

—¡Qué! ¿Que no?... Pues escucha...
Te tengo mucha rabia, ¿sabes? ¡Mucha!
No me hables más. Adiós. Te he conocido.
¡Abuela, hemos concluído!

. . . . . .

—¡Abuelita! ¿Qué dices? ¡Qué alegría!
¿Que tendré mi aguinaldo?... ¡Qué contento!
¿Que te dé un beso?.. ¡Y ciento!
¡Cuánto, cuánto te quiero, abuela mía!

III

La máquina es un ser que tiene vida.
Tiene un fin: la materia, que transforma.
Tiene un alma: la fuerza transmitida.
Tiene cuerpo: el metal de que se forma.
Sus ruedas son sus brazos, y simula
el volante el cerebro de su herraje...
El vapor es la sangre que circula.
Es su organización el engranaje.
Su caldera de llamas abrasada
cual pecho de titán ruda palpita.
Brama como la fiera encadenada,
ruje como leona que se irrita.
No tiene libertad. Cuando se mueve,
que es mientras hay vapor que la mantenga,
contra ella fuerza humana no se atreve,
no hay nada que sus ímpetus detenga.
Es como el alma que encenaga el vicio
y se hunde más y más en el pantano...
cual la virtud que rueda al precipicio
del deshonor y que se agarra en vano
á la roca, á la mata ó al resquicio.
La máquina es así: no se detiene.
Se le pone un tablón y lo suaviza
y le da aquella forma que conviene.
Pilla un hombre y lo rasga y pulveriza.

IV

Llena el alma de gratas ilusiones
que crean los «quince años»
cuando aun la tempestad de las pasiones
no ha dejado entrever los desengaños,
con franca risa entre sus labios rojos
y destellando dicha por sus ojos,
correteaba Andrés por los talleres
en donde trabajaba desde niño,
cuando pasó rozando
con la rueda volante, de arco inmenso
que sus radios movía rechinando.
Por la blusa flotante
le enganchó, al tropezar, la férrea garra.
Rodó, sorbió y rugió con voz tonante
cual fiera que su víctima desgarra.
Un segundo pasó... Se oyó un chillido
espantoso, salvaje...
La máquina paró. Cesó el ruído.
. . . . . .
Y de entre el engranaje
salió el cuerpo de Andrés ensangrentado;
por las ruedas deshecho
un brazo quedó allí, despedazado,
envuelto con la blusa, hecha jirones

mientras del ancho pecho
se escapaba la sangre á borbotones,
Vivía aún. Sus fieles compañeros
le sacaron. Limpiaron los engranes
tintos en sangre y sucios de despojos;
los bruñidos aceros
limpios quedaron de sus tonos rojos:
con ímpetu violento
rechinaron las ruedas un momento
sus dientes enlazando:
rugió el vapor hirviente
y la máquina, al fin, prosiguió andando
negra, fría, terrible, indiferente.

. . . . . .

. . . . . .

En tanto que el doctor hizo la cura,
del delirio en la horrible calentura
el pobre moribundo repetía:
«Tendré aguinaldo, ¿es cierto, abuela mía?»

V

¿Qué importa que desate la tormenta
con el viento su cólera violenta,
rasgando nubes que su esfuerzo empuja
y brille el rayo con fulgor cruento
y el trueno brame y ruja,
si la conciencia duerme en dulce calma
y está llena de amor y paz el alma?
¿Qué importan los enojos
del cielo que cubrió la nube oscura?
¡En la negrura misma de unos ojos
se halla á veces la dicha más segura!
La bronca tempestad de primavera,
como rindiendo á la beldad tributo
cubre de hermosas flores la pradera;
la tempestad que el corazón altera
sí que trae siempre lágrimas y luto!

. . . . . .

. . . . . .

¡No! No es la nube negra
la que arrastra tras sí la pena odiosa;
ni es el sol con su luz esplendorosa
lo que nuestra alma alegra:
Es la conciencia, alegre si tranquila;
triste, llagada si en el mal se mece...
Luciendo el sol hay pena que aniquila;
rugiendo el trueno, hay dicha que enloquece.

VI

. . . . . .

¡Noche-buena!... Rebose la alegría
de nuestro pecho, cual la copa llena
rebosa del licor que es ambrosía...
Bebamos... ¡Esta noche es Noche-buena!
¿Que ruje el trueno? ¿Que la lluvia arrecia?
¿Que cubre la ciudad opaca bruma?
La tempestad furiosa, se desprecia.
¡Es más alegre del *Champañ* la espuma!
Mientras el cielo rasga la centella
vibre aquí la guitarra alborozada.
Cada turbión merece una botella,
cada trueno una loca carcajada.
¡Bebamos, sí! Feliz aturdimiento
sintamos todos... Dulce y placentera
es la vida... ¡Lo digo yo, que siento
que mi mente acaricia, con su aliento,
la alegre borrachera!
¡Bulliciosa locura de un momento,
ven á nosotros, ven!... ¡Yo te conjuro!
¿Que no hay felicidad? Yo lo aseguro
y si alguien lo ha negado
es algún sabihondo
que en su vida ha observado
lo que hay de una botella en lo más hondo.
¿Oís? ¡Risas, rumores de alegría!
¡Si esta noche no hay pena!

¡Todo el mundo en su goce se extasía!
Hoy no existe amargura... ¡Es Noche-buena!
¡Venid, venid!... Abramos los balcones.
¡Que entre la tempestad de horrores llena!
¡Rayos y truenos, lluvia y nubarrones,
os convido esta noche á nuestra cena!
...¿Que cierre este balcón? ¡Valiente mozo
el que dice que cierre!... Amigos míos,
venid aquí... mirad cuánto alborozo!
Mostrad contra la lluvia vuestros bríos
cual esa gente que la calle cruza
sin temor á los fieros aquilones
y que su ingenio aguza
entonando las báquicas canciones!
Mirad esos balcones
y ved tras los cristales
cuál danzan las parejas á porfía...
¿No oís? ¡Todos los gritos son iguales!...
¡son todos de alegría!
¡Hasta allí!... ¡Allá en la altura!... ¡En el alero!
¿No veis una ventana iluminada?
La familia será de algún obrero
que suelta á coro alegre carcajada.
. . . . . .
. . . . . .
¡Chicos! ¡Un pensamiento peregrino!
Vais á decir que tengo un alma bella.
Venga *Champañ*... ¡Mirad! ¡A ver si atino!
¡A una! ¡A dos!... ¡Arriba la botella!...
¡¡Vecino!!... ¡¡Oiga, vecino!!
¡Para usté ese *Champañ!* ¡¡Es el gran vino!!
. . . . . .

VII

Sobre el catre durísimo está echado
de Andrés el cuerpo. Tiene cual la cera
el noble rostro, lívido, afilado,
con expresión mortal, triste, severa.
Entornados los ojos;
el cuerpo inmóvil, yerto;
el pecho descubierto
mostrando á trechos los manchones rojos
de la herida fatal. Pende una mano
de un brazo frío, agarrotado, tieso:
la estrecha una mujer que con insano
dolor de madre, con brutal exceso
estampa en ella un beso... y otro beso.
En un rincón, la abuela arrodillada,
sus ojos tristes hacia el cielo eleva...
¡Cuánto horror se vislumbra en su mirada!
¡Cuán horrible es la prueba!
Su inmenso desconsuelo
muestran las dos mujeres y su pena
y parecen clamar mirando al cielo
«¡Señor, pero esta noche es Noche-buena?
. . . . . .
. . . . . .
Mas se oye de repente en la ventana

un tremendo fragor:
en la estancia infeliz se precipita
el furioso aquilón;
se escucha de una vida que se escapa
el último estertor;
dos gritos, dos blasfemias que horripilan.
«¡No hay Dios!» «¡No existe Dios!...»
y el ronco trueno en las alturas ruge
con su potente voz,
y rasguea en la calle la guitarra
y suena alegre, plácida canción...

VIII

Se muere un ser querido... Se le llora.
El dolor es terrible,
la angustia aterradora.
Decimos:—«Sufrir más es imposible...»
Pero aun se vé aquel ser inmóvil yerto...
la razón, sí, nos dice... «¡ ya se ha muerto!»
mas habla la pasión enternecida
y aun vé en la muerte un algo de la vida!
«Esos los ojos son que me miraron
con plácida alegría:
esos los labios son que me besaron...
aun dijeron «¡te adoro!» el otro dia.»
Pero al llevarse el cuerpo hacia la tumba,
cuando se cierra la funesta caja
todo en redor de nuestras sienes zumba,
parece que el planeta se desgaja
con estrépito horrible,
y es el dolor más grande... es insufrible...
no arranca llanto... se desborda... hiere...
¡Es la esperanza que también se muere...!

IX

La hora sonó. Los pobres compañeros
de Andrés, subieron á la humilde casa.
En sus rostros sinceros
reflejaba el dolor. Con fuerza escasa
empujaron la puerta. Lentamente
se abrió. La madre ansiosa
rugió un grito, lanzó mirada huraña
á los obreros, y con voz extraña
dijo triste, llorosa:
«Son mis verdugos... A dejar vacío
mi hogar vienen... ¡Defiéndeme, hijo mio!»
Después volvió sus ojos suplicantes
á los pobres obreros
y les dijo: «Pues fuisteis compañeros
de mi hijo Andrés, dejadle unos instantes,
unos instantes más!... ¡Por Dios lo pido!...»
Y cual si hallara la razón más fuerte
para no separarse de la muerte,
dijo, casi sonriendo... «Es que se ha ido
su abuelita, que le ama y que le llora
y si es que os lo lleváis sin que le vea,
también se morirá... por que le adora!»
Y cual si aquella idea

la hubiese aniquilado,
cayó junto á aquel cuerpo idolatrado...

. . . . . .

. . . . . .

Un momento pasó. La tos cascada
de la abuela se oyó. La viejecita
entró en la estancia. Había en su mirada
la rabia del dolor, que más se excita
cuanta más es la pena que anonada.

Miró á su nieto con expresión loca
que dió á todos espanto;
plegó una mueca su arrugada boca
para no ahogarse en llanto;
sacó de entre los pliegues de su manto
una corona de preciosas flores
de espléndidos colores;
la arrojó sobre el cuerpo inerte y frío,
y con esa voz ronca que revela
la explosión de un dolor fiero, bravío
que contra la impotencia se rebela,
sollozando exclamó: «¡Toma, hijo mío,
ese es el aguinaldo de la abuela!»

———